

(26-5-2026)

Naranjas y mandarinas

Un ejemplo de convivencia en armonía en la cesta de este mundo

No son lo mismo las naranjas que las mandarinas y no por ello son mejores las unas de las otras. Se parecen en el color de su piel, se diferencian en su tamaño, en su sabor, en las vitaminas que aportan, o, como sucede con los humanos, unas son más difíciles de pelar. Doy por sentado que todo el mundo sabe que ambas se comen y que hincarle el diente a una u otra depende de factores tanto biológicos como culturales, antojos del momento, incluso de experiencias traumáticas o benéficas que están a buen recaudo en nuestras neuronas. Naranjas y mandarinas conviven en armonía en la cesta del mundo y uno se sirve a su gusto cuando están sobre el tapete.

En la cesta de este mundo cabe más de lo que imaginamos. No voy a entrar en si está bien que el vegano meta mano a uno u otro alimento, si el *therians* se identifica con un perro, un chimpancé o un gato, si uno es adicto al móvil o a la petanca, o si es fanático del Cádiz, del Leganés o del Valladolid. En cierta medida yo diría que estas adiciones no son graves, sobre todo para los demás, y como cantan Jesse & Joy, «*Dicen que el tiempo lo cura todo...*» Lo que no tiene tan buen pronóstico es cuando uno se erige en la fruta ideal. Acaba enfermando, padeciendo de xenofobia, racismo, homofobia, hipocresía, cinismo, autoritarismo... Todo ello, en su conjunto o por separado, incrementa el nivel de bravuconería con mal pronóstico para la convivencia y la sostenibilidad social.

En el ranquin de este grupo de enfermedades, más expandidas que el Covid'19, se encuentran dirigentes políticos, actuales y de otros tiempos, obsesionados en recoger "para sí", antes de sembrar "para todos". La valentía de uno de nuestros expresidentes, "Pequeño Gran Hombre", plantando la bandera en isla Perejil (2002), reivindicando la planta herbácea española sobre el "chocolate" marroquí, hombrada con la que pasará a la historia, le permitió ganarse el aplauso de su homólogo estadounidense. Menos mal que no se atrevió a meterle mano al "peñón". Con el carné de afiliado al club de los lameculos nos metió, con su lengua llena de mierda, en la guerra de Irak (2003). No se trataba de "perejil", sino de despojarles de las armas de destrucción masiva, que no tenían y ellos llevaban. Tras dejarles en cueros, regresaron a casa borrachos de prepotencia y con la autolicencia para seguir trabajando en la homogeneización de culturas con "colores y sabores" diferentes.

«*De aquellos barros, estos lodos*». Con la misma excusa, los actuales presidentes déspotas de EEUU y de Israel, acostumbrados al juego de "dejar en pelotas" a quien se les antoja, han armado la de Dios es Cristo en Oriente Medio al no haber aprendido que, como las naranjas y las mandarinas, se puede vivir en armonía en la cesta de este mundo. Los que aplauden sus gracias, con la esperanza de que alguna cosilla caerá, están tan enfermos como los que con sus acciones incrementan su pecunio, o su peculio, si es que la suerte no los acompaña y acaban entre rejas.

No podemos permitir que nos digan que fruta comer, que cultura hemos de abrazar, a quién hemos de amar, que fronteras hemos de tener, qué leyes internacionales hemos de acatar. La cesta de este mundo se caracteriza, sobre todo, por su capacidad de acoger la diversidad y de que, como escribió Cervantes y repetía mi padre, «*cada cual se labra su propia ventura*». EL poder que se otorgan algunos con la complacencia de otros conduce a los humanos, en el mejor de los casos, a perder la salud y la humanidad. En el peor, como está sucediendo en Gaza, Cisjordania, Líbano..., pasaporte y visa para el más allá.